

La piel y el lenguaje de la fecundidad

Javier González de Durana

La piel es el límite exterior de los cuerpos. Tras ella se encuentra el individuo singular, su realidad física como organismo vivo y la mente que le ordena cómo actuar. La piel, por tanto, encierra la materia y el espíritu; ella es la envoltura superficial de un complejo activo más importante, pero que, al permanecer oculto, se nos presenta enigmático, confuso y, en parte, impenetrable. El otro, ese desconocido que habita a nuestro lado, siempre está detrás de una piel y, aparte de sus realizaciones, esa superficie es todo lo que vemos de su existencia real. La inteligencia que le dirige nos puede resultar un enigma tras años de convivencia, pero siempre re-conocemos la piel que en su nombre se nos muestra, aunque no pocas veces lo haga con una apariencia que contradice sus actos. Esa membrana cutánea esconde un ser latente, pero también, sobre todo, lo protege. La piel es una frontera ambigua, pero firme y sólida como un muro, en donde se habla un lenguaje de señales cuya comprensibilidad y sentido nunca es recibido con certeza.

Por eso, atravesar la piel del otro e introducirse en su cuerpo es un acto específico de posesión sexual, pero también, simbólicamente y por extensión, lo es de dominio vital. Atravesar la piel de un ser vivo, abriendo una brecha por donde escape la sangre, puede conducir a peste a la pérdida de su fuerza primero y de su vida después. Por el contrario, abrir el cuerpo de otro para introducir un fluido seminal puede fertilizar y generar vida. Sangre y semen son líquidos producidos por el cuerpo que, dependiendo de cómo fluyan en relación con la piel, pueden generar vida o quitarla.

Las obras de Mabi Revuelta están muy sutilmente relacionadas con la piel. En primera instancia, es obvio que algunas se construyen con plumas (de avestruz) y lanas (de mohair), y que en otras utiliza un tipo de papel apergaminado para dibujar obstinadamente sobre él larguísimos filamentos enroscados que dan la impresión de piel humana recubierta en parte por vello. En una segunda lectura más honda, sin embargo, los trabajos de Revuelta muestran fuertes vínculos con las ideas de sacrificio y fecundidad, las cuales, a su vez, están estrechamente ligadas a la función de la piel y sus usos.

En los ritos de prosperidad y fecundidad se pretende que la lluvia insemine la tierra, que el cielo-masculino contraiga un matrimonio místico con la tierra-femenina. La llamada para el establecimiento de esa unión que activa la fertilidad se hace en el lenguaje de los tambores, que son pieles tensadas. La piel es la mediadora entre las partes, el instrumento que habla el idioma de ambos, lo que conecta el cielo y la tierra. Anterior a las campanas, la comunicación de los hombres con las fuerzas sobrenaturales se establecía por medio de pieles tendidas sobre tambores sagrados, que atronaban el aire con los ritmos del lenguaje tribal. La llamada a la fertilidad, en paralelo, debía estar acompañada por un sacrificio, que por lo común era la decapitación, la desollación y el escarpamiento. En los sacrificios de animales (bueyes), el objeto era la cabeza y la piel. En el caso de los hombres, la circuncisión ha permanecido como el despellejamiento parcial que convierte al muchacho (infértil) en hombre (fértil). La ofrenda de una piel sirve para recobrar la salud, esto es, para huir de la muerte. Cambiar de piel o quitar la piel, al son de ritmos equívocos, es un acto ablativo para la regeneración o recuperación de las fuerzas vitales.

Gracias a que cada año la serpiente cambia de piel damos por cierto que este animal es inmortal, meta imposible anhelada por el hombre y supuesta por éste para otros seres vivos. Una gran piel negra elaborada con plumas se expande como un fluido informe por los bordes y se precipita en remolino hacia el interior de un agujero incrustado en una forma de bañera, lugar utilizado para limpiar la epidermis de los cuerpos humanos. Lo incierto del sumidero, la densidad de la mancha, el desigual avance de los límites, el contrapunto metálico de las manillas... hablan en el lenguaje tenebroso de los recónditos jugos y plasmas humanos. Por los desagües escapan nuestros flujos más sombríos e intentamos que un lavado de piel sea equivalente a un cambio dérmico que conlleve una muda esencial y, así, poder ser otros distintos, metamorfosearnos en quienes no somos, pero –oscuro anhelo- quisiéramos llegar a ser. La cabellera de Medusa era, precisamente, un racimo de reptiles y un rizo, por tanto, una serpiente, el animal que renueva su piel. Su mirada petrificante equivale al orificio higiénico que atrapa nuestra mirada y la dirige hacia las profundidades.

La leche constituye el alimento nutriente esencial. El semen es la leche fertilizante y los testículos, su órgano reproductor, la parte amputada a los toros para que su piel se transforme en ofrenda sacrificial. En el aire flotan dos gotas de leche, metáforas de órganos genitales masculinos que, al estar huecos, son sólo la piel de unos órganos ya infecundos, pero que, sin embargo, equivalen a tambores que hablan el lenguaje de la fertilidad cielo-tierra. ¿Es posible la reproducción sin la fecundación? Antes de Eva ¿era Adán hermafrodita? Lilith regresa. Un Frankenstein clonador pide paso de nuevo. ¿Bajo qué forma es posible la supervivencia? Rojo y negro, sangre y piel, masculino y femenino. Esta piel procura la prosperidad y los bienes terrestres porque, como en el rito de la circuncisión, sacar algo o a alguien de su piel es ofrecer un sacrificio esencial.

Pistas

Mabi Revuelta

“Ver y oír son las únicas cosas nobles que contiene la vida. Los otros sentidos son plebeyos y carnales. La única aristocracia es no tocar nunca. No acercarse: he ahí lo que es hidalgo”_Pessoa

Una caricia no demasiado atenta a cualquier piel revela la distribución por zonas más o menos espesas de unos filamentos que llamamos pelos o cabellos. La localización topográfica de los mismos, así como su longitud y características determinan la especie a la que pertenece el pelo, y en particular si éste es o no humano. Aunque hablar de pelo parece indicar una posición más próxima a lo animal: son las bestias las que lucen pelaje, en tanto que las *personas* poseemos vello -repartido por el cuerpo- y cabello cuando éste se dispone en la cabeza. Sin duda son los términos que el Ser Cultural ha podido encontrar más poéticos para oponerse al hecho de ser también salvaje en su condición.

La experiencia de lo táctil aparece estrechamente relacionada con la pulsión erótica. De la imaginación al mercado del fetiche, los escaparates de consumo nos ofrecen inventar una vez más nuestro aspecto mediante revestimientos epidérmicos que convierten botas, zapatos y otros complementos en pistas de lo animal. Son aproximaciones culturales recreadas desde el asfalto con la mirada puesta en un zoco de lujo. Espacios mestizos e inquietantes donde se generan altas dosis de peligro y atracción por el objeto del placer y la seducción. Lugares que se visualizan desde la posibilidad de relacionar el erotismo con la fuerza bruta. El amor y la violencia son los protagonistas de esta historia.

¿Quién puede resistirse, entonces, a la tentación del tacto de un gato como el tigre de Bengala, ese diablo rayado o moteado que aun entre las rejas del zoológico no olvida el sabor de la carne humana?

Iguals apariencias, idénticos comportamientos. Añoro unas sábanas que hacen aguadas como de cebra, y adoro también mis zapatos de leopardo. Al fin y al cabo, una piel vista a otra. La disfraz.

Paraíso perdido: reflexiones sobre lo imposible como meta

Mabi Revuelta

“¿Te supliqué yo acaso, Supremo Hacedor, que con arcilla me moldeases como un hombre? ¿Solicité de tí que me hicieras salir de las tinieblas?”_Milton, *Paraíso perdido*

Con esta cita de Milton aparece la primera edición de la novella *Frankenstein o el moderno Prometeo*. Este relato de Mary Shelley se encuentra entre los ejemplos mejor imaginados de imitación de las labores divinas y de rebelión del hombre hacia su creador. La conclusión de esta obra no puede ser más terriblemente moral: lo imposible realizado a través del progreso científico (dar vida a la materia inerte) genera una criatura que atenta contra el orden natural de las cosas, es imperfecta y posee una inclinación hacia el mal. Y merece ser proscrita por ello. Se trata de una forma de venganza divina ante el anhelo humano de creación, para impedir que este deseo llegue a perpetuarse en el plano de lo real.

¿Ciencia o ficción? Quizás no nos encontremos tan alejados del mito de Frankenstein en la sociedad actual. La medicina y la ingeniería aplicada aportan una visión nueva y cambiante al descubrimiento de los secretos de la vida. Los avances en prótesis corporales o los transplantes múltiples de órganos prolongan las funciones reservadas con exclusividad a la naturaleza.

Si en el mundo imaginado por H.G. Wells en *La isla del Dr. Moreau* (1896) se da vida a híbridos de humano y animal, ya son posibles los animales transgénicos: clones cuyos órganos se implantarán en humanos con carencias físicas y enfermedades. Si Mary Shelley concibe su moderno Prometeo como un viviente creado sin necesidad de la generación tradicional, ya tenemos muy cerca esa alternativa de la mano de la réplica genética. El debate de lo imposible en este campo no será tanto el hecho de clonar humanos como la existencia normalizada de unos seres clónicos en la sociedad. Podemos intuir de nuevo cómo las leyes divinas o éticas de los hombres nos auguran consecuencias catastróficas si transgredimos los límites de lo prohibido.

Pero dejando a un lado esta colección de monstruos acosados, la literatura también nos ofrece casos insólitos de benevolencia ante las invenciones imposibles: una fantástica versión escrita en 1720 cuenta cómo Adán, antes de su pecado, tenía en el vientre dos mecanismos diferentes: uno para elaborar óvulos y otro que producía un elixir que los fecundaba y, cito textualmente: “cuando el hombre se calentaba por amor de Dios, el deseo que sentía por ver otras criaturas que amasen y adorasen su Suprema Majestad hacía expandir este licor sobre uno o varios óvulos, con delicias inconcebibles. Este óvulo salía por una especie de nariz, y enseguida aparecía un hombre perfecto”.

Disponer en el vientre del principio de los dos sexos no parece generar ogros, sino hombres perfectos, si es con la aprobación divina, como puede verse. Conjuero de lo imposible, “creced y multiplicaos sin ningún tipo de maternidad”, la androginia supone una perturbación del axioma sexual.

¿Era Adán hermafrodita? ¿Se reproducía contra la sabiduría ancestral de las leyes naturales? En torno a estas reflexiones se elabora *Dulce de leche*: dos gotas de lana que son seminales en potencia y participan también de la característica del hermafroditismo. Son órganos genitales de un híbrido alimenticio ausente e inclasificable (mitad semen, mitad leche de mamá) que puede ser pensado como terrible por su fragmentación física, escala y concepción formal.

Los límites de la naturaleza humana también están presentes en el resto de las piezas que proponemos en esta exposición. No hay construcciones visibles ni geografías excesivamente verticales en *Rizos de Medusa*. Esta obra forrada en su totalidad por plumas negras de avestruz, prolonga sus límites en el espacio a modo de gran alfombra táctil: una mancha proyectándose desde el sumidero de la pila hacia el exterior de ella, o viceversa: frontera superficial y, al mismo tiempo, abismo y resorte hacia profundidades imaginarias del ser; zona fluctuante que anima la pulsión erótica; envoltura y manto protector que, sin embargo, representa lo más profundo. Cerca de la bañera, dos zarpas se colocan en el suelo al borde mismo del tapiz, pero sin llegar a tocarlo. Son pies para ponerse mentalmente y nos introducen en una escena que puede suceder o haber sucedido ya en este espacio de privacidad. Nos hablan del contacto y exploración de la piel del otro para aproximarnos al mundo de los pozos de entrada y salida de la materia orgánica. Ilusiones del cuerpo, orificios del deseo y, además, vasos comunicantes del gusto y el olfato, los espacios cóncavos donde se alojan alguna de las secreciones internas, determinan la impronta de cada uno de nosotros: más dulces o más salados, son los rastros que nos hacen definitivamente especiales en relación a los demás.

Anatomía del amor es una propuesta más ilusoria: en un soporte apergaminado se distribuyen, en zonas más o menos espesas, unos filamentos dibujados a modo de pelos o cabellos. La localización topográfica de los mismos, así como su longitud y características determinan la especie a la que pertenece el pelo y, en particular, si es humano o no. Aunque hablar de pelo parece indicar una posición más próxima a lo animal: son las bestias las que lucen pelaje en tanto que las personas poseemos vello repartido por el cuerpo y cabello cuando éste se dispone en la cabeza.

En cualquier caso, tanto *Anatomía del amor* como *Dulce de leche* y *Rizos de Medusa*, son concebidas como lugares para relacionar el erotismo y la fuerza bruta. El amor y la violencia son los protagonistas de esta historia. ¿Quién puede resistirse, entonces, a la tentación del tacto del tigre de Bengala, que aún entre las rejas del zoológico no olvida el sabor de la carne humana? Iguales apariencias, idénticos comportamientos. Añooro unas sábanas que hacen aguadas como de cebra, y adoro también mis zapatos de leopardo. Al fin y al cabo una piel vista a otra. La disfraz.